

Reseña de libros revistas

GREENACRE, Phyllis. — “Further Considerations Regarding y de apoyarse sobre una estructura contra otra.Fetishism”. (Más consideraciones con respecto al Fetichismo). *The Psychoanalytic Study of the Child*. 1954, X, 187-194.

En un trabajo anterior Greenacre mostró como la inestabilidad de la imagen corporal temprana origina la identificación cuerpo-falo, típica en caso de fetichismo y transvestitismo.

Es por esta identificación que se produce una angustia de desintegración frente a los procesos de tumescencia y detumescencia en la fase fálica. El fetiche funciona como un soporte frente a esta angustia, siendo visible, tangible, y de tamaño constante.

En este nuevo trabajo la autora toma en consideración las descubiertas de Winnicott sobre el objeto transicional. Este objeto tiene un significado especial en la historia del fetichista. Greenacre sugiere que no se produce la integración adecuada de las sensaciones visuales y táctiles. La agresión visual-oral se mantiene dominante. El soporte deficiente de las sensaciones táctiles influye en la construcción del fetiche del adulto.

Por la identificación demasiado intensa del cuerpo con el falo cualquier parte del cuerpo se puede genitalizar. En un caso de fetichismo con zapatos, el paciente pedía a la mujer que usase zapatos tipo botín, esos que se atan en los tobillos. Con la ausencia de este fetiche, el paciente tenía sensaciones de torniquete en sus propios brazos y piernas.

Greenacre pone énfasis en el carácter estereotipado de las fantasías y en su tendencia hacia el acting-out en un ritual fetichístico. La preferencia hacia el acting-out estaría en relación con una movilidad congelada, debido a la

inundación temprana de fantasías agresivas.

Los traumas específicos en el período siguiente, el fálico, provocan un pattern de actividad, rígido y repetitivo, análogo a lo que se ve en las neurosis traumáticas.

BAK, Robert C. — “Fetishism” (Fetichismo). *Journal of the Am. Psa. Ass.* 1953, 1, 285-298.

Freud observa que los recuerdos encubridores decisivos de los fetichistas se remontan a una edad no más temprana que cinco o seis años. Bak concluye, siendo el carácter del recuerdo “encubridor”, que experiencias más tempranas determinan la elección del fetiche. Aunque la defensa fetichística contra la angustia de castración surge en la fase fálica, está predeterminada por experiencias pre-fálicas.

El propio autor destaca en el desarrollo del fetichismo los siguientes puntos:

1) Debilidad de la estructura del ego. Esta debilidad origina una angustia de separación muy intensa, que lleva hacia un agarrarse a la madre o a una parte sustitutiva de ella, como un pars pro toto no dejándose desarrollar la erotización de las manos y el tacto.

2) Fijación pregenital, especialmente anal. La introyección respiratoria sirve para mantener la unión madre-niño.

3) El significado simbólico del fetiche corresponde a las fases pregenitales y representa separado o condensado: pecho y piel, nalgas y heces, falo materno.

4) Existe una identificación simultánea y alternativa con la madre fálica y con la madre sin pene, correspondiente a la disociación del ego del fetichista.

5) El fetichista no puede abandonar durante la fase fálica la identificación pregenital con la madre fálica, a pesar de reconocer ahora la falta del pene en la madre.

El peligro de separación es tan grande como el peligro de castración. El

fetichismo constituye una defensa contra ambos peligros en forma de un compromiso bifásico. La triada fetichismo-transvestitismo-homosexualidad, representa las diferentes fases del compromiso entre las identificaciones simultáneas con la madre.

Según Freud el fetiche origina una independencia del objeto. Bak prefiere formular que el fetiche anula la separación de la madre. El fetichista se agarra a un sustituto simbólico de la madre similar al niño que al dormirse se agarra al vestido de la madre.

GREENSON, Ralph R. — DESIDENTIFICACION DE LA MADRE: SU IMPORTANCIA ESPECIAL PARA EL VARON.

(Dis-identifying from mother: its special importance for the boy). Int. J. Psycho-Anal. Vol. 49, Parts 2-3; 1968.

En este trabajo el autor intenta señalar los factores más importantes, que deben darse, para que el varón obtenga de una manera satisfactoria su identidad sexual. Se basa para ello en el caso de un niño que analizó y en la observación de otros casos clínicos.

Expresa que la primitiva literatura analítica le dio más importancia a los problemas que la niña tenía que solucionar para poder adquirir una satisfactoria vida sexual y la capacidad de amar. Es sabido que la niña debe trabajar en dos importantes áreas conflictuales, de las que el varón está libre. Debe cambiar la zona de preponderancia erógena, del clítoris a la vagina y debe renunciar a la madre como su primer objeto de amor, acercándose posteriormente al padre y a los hombres. El autor se propone con esta presentación focalizar la atención sobre una vicisitud especial, en el desarrollo psicológico normal del varón, que ocurre en los años pre-edípicos. Se refiere al hecho de que el niño para alcanzar un saludable sentido masculino, debe reemplazar el objeto primario de su identificación, la madre, para identificarse con el padre. Cree que esta es una dificultad inherente a este paso del desarrollo, de la que la niña está exenta y

que es la responsable del problema de la identidad sexual del hombre, de que pueda saber claramente que pertenece al sexo masculino. La niña también debe desidentificarse de la madre para desarrollar su propia identidad, pero su identificación con ella, la ayuda a establecer su femineidad. Piensa el autor que los hombres tienen más incertidumbre acerca de su identidad sexual, que las mujeres. Cree que la certidumbre de las mujeres de su identidad sexual y la inseguridad de los hombres con respecto a ella, tiene sus orígenes en la temprana identificación con la madre. Utiliza el término “desidentificación”, para poder discutir el complejo de procesos interrelacionados, que ocurren en la lucha del niño para librarse de la temprana fusión simbiótica con la madre. Esto juega una parte en el desarrollo de su capacidad para la separación-individuación (término usado por Mahler). Se refiere posteriormente, que fijó su atención en la posibilidad de alguna dificultad especial en el desarrollo de la identidad sexual del varón, por la observación de experiencias clínicas.

Trabajó durante 5 años en una investigación en la Universidad de California, estudiando “transsexuales”, personas que deseaban someterse a una intervención quirúrgica, para cambiar su sexo anatómico. Estos pacientes eran biológicamente normales y no eran tampoco psicóticos, pero estaban convencidos que pertenecían mental y emocionalmente al sexo opuesto. Sobre la base de la envidia de la mujer al pene, el autor esperaba que la mayoría de estos pacientes fueran mujeres, como no fue así.

El estudio de 100 casos reveló que entre los dos tercios y tres cuartos, eran hombres que esperaban ser transformados en mujeres. Ilustra este punto con el siguiente material tomado de pacientes hombres en análisis, los que revelaron en su masturbación la fantasía de ser mujeres. Expresa que no encontró ninguna mujer describiendo nada análogo. Relaciona esto al fenómeno del fetichismo que considera casi el 100 % una enfermedad masculina. Algunas mujeres neuróticas imaginan ser hombres autoritarios y practican actividades fálicas en

el acto sexual, pero usualmente se ven a sí mismas como mujeres con un pene, no como hombres. Insiste en que el hombre demuestra mayor incertidumbre sobre su masculinidad. Las mujeres pueden dudar de su atractivo pero están bastante seguras de que son mujeres. Retoma el problema de la envidia, expresando que ésta es una de las fuerzas que dirigen al hombre a desear ser mujer, originada en la temprana envidia que todos los niños sienten de la madre. Los kleinianos intentan explicar esto sobre la base de la envidia del bebé por el rol de la madre y del pecho. Aunque este autor no niega esta explicación — según dice— no rechaza empero, otros importantes factores, que cree explican mejor la diferencia entre la envidia que sienten los hombres y las mujeres. En otro trabajo sobre un niño de 5 años 6 meses “transsexual-transvestite”, tuvo oportunidad de observar el problema de la desidentificación, directamente durante su análisis. Este niño muy inteligente, estaba muy perturbado en dos áreas irrelacionadas de su desarrollo. En primer lugar no había dado el paso que permite en el proceso madurativo, distinguir lo que es amar a alguien de identificarse con alguien. Como consecuencia estaba consumido por el deseo de ser una mujer. Actuaba y se vestía como una niña. No era una obsesión o compulsión, sino un deseo aniquilante que se aproximaba tanto a una convicción como a una desilusión. Si el paciente no hubiera sido tratado, se habría transformado en un “transsexual” o transvestita, para poder satisfacer este deseo consciente. Durante el tratamiento desarrolló una fuerte identificación con el analista y luego con el padre. Esto se produjo cuando comprendió que su analista amaba a las mujeres y no se sentía una mujer, relacionado con el juego que el niño realizaba con una muñeca. El autor piensa que el problema central de este paciente era su incapacidad para completar el proceso separación-individuación de la madre. Esta era extremadamente posesiva y lo gratificaba con exceso en términos de contacto táctil y visual. Se agrega a esto el odio y desvalorización de su marido y de los hombres en general. El padre la temía y permanecía bastante tiempo ausente del hogar. Este niño pudo desarrollar la

representación de sí mismo como distinta de la representación objetal, pero fracasó cuando tuvo que establecer su real identidad sexual. Es precisamente en esta área que el problema de la desidentificación de la madre cobra primordial importancia.

Existen diferentes opiniones acerca de un aspecto de esta maduración, la capacidad de obtener la identidad sexual. En este sentido el autor señala que le gustaría jerarquizar 3 factores que juegan un papel en este proceso: (a) las estructuras anatómicas y fisiológicas (de acuerdo con Greenacre 1958), principalmente la cara y los genitales; (b) la asignación a un sexo específico, realizada por los padres y otras importantes figuras sociales, de acuerdo con las estructuras sexuales manifiestas; (c) una fuerza biológica que parece estar presente en el nacimiento. Se apoya para verificar estos puntos, en el hecho de haber visto en su trabajo clínico, niños que nacieron sin pene y sin testículos visibles, pero que el hecho de haber sido tratados como varones por sus padres, fue decisivo para que obtuvieran su identidad sexual. También conoció muchos pseudo-hermafroditas que vivieron su vida, biológicamente hablando, en un falso rol sexual, sin presentar ninguna duda manifiesta acerca de su identidad.

A los tres factores ya mencionados, agrega un cuarto factor, que llama de desidentificación de la madre y el posterior desarrollo hacia una nueva identificación con el padre. Esto constituye un problema especial porque el varón debe intentar renunciar al placer y a la seguridad que obtiene en la identificación con la madre, e iniciar otra identificación con el padre, menos accesible. La madre a su vez debe permitir al hijo identificarse con la figura del padre. Debe facilitarle esto genuinamente, disfrutando y admirando los aspectos masculinos del muchacho y ser hábil para que este desarrollo siga adelante hasta completarse totalmente. El otro componente vital para que se cumpla esta identificación, consiste en los motivos que el padre le ofrezca para que se identifique con él. El paciente de que habla, no pudo identificarse con su padre porque era un hombre miedoso y triste. La parte esencial del trabajo que realizó

con su analista se basó en su fuerte ansia de identificarse con él, porque le parecía un hombre que disfrutaba de la vida y que no tenía miedo.

El autor se plantea qué sucede con la identificación original la madre, luego que el niño se identifica con el padre; si ésta desaparece o toma su lugar la nueva identificación. Luego se plantea con agudeza, si las madres de 50 años atrás que vestían y peinaban a sus hijos como niños, intuitivamente reconocían que gratificando cada fase del desarrollo del niño 1~ aseguraban su futura maduración. Es decir, que por la satisfacción temprana de su necesidad de identificarse con la madre, el niño se encontraba mejor dotado para cumplir el posterior paso de la identificación con el padre. Su trabajo sugiere más preguntas que respuestas, pero espera clarificar más esta importante área del desarrollo infantil del varón, en futuros trabajos.

Aída Aurora Fernández.

GREENSON, Ralph R. — “Un muchacho transvestista y una hipótesis” (A transvestite boy and a hypothesis). *Inter. Jour. of Psy.* Vol. 47; Parts. 2-3; 1966.

Se trata de la historia de un chico puesto en tratamiento a los 5 años y medio por su insistencia en vestirse como una niña. Todo empezó cuando tenía poco más de un año y apenas empezaba a caminar.

En un principio usaba los zapatos de una hermana mayor y de su madre y con ellos puestos demostraba una gran habilidad para moverse: subía y bajaba escaleras, se trepaba a los árboles, corría en bicicleta, etc. Su interés se deslizó gradualmente a otros tipos de vestimenta femenina hasta expresar su deseo de vestirse como una niña. Como toda vez que se le hacía oposición terminaba con

lágrimas y rabieta, la madre, pensando que esa actitud tan peculiar de su hijo sería pasajera, se abstuvo de intervenir y cuando inició el tratamiento tenía ya 5 años y medio de edad.

Uno de los rasgos clínicos que más llamó la atención al analista, fue la capacidad para identificarse con los demás e imitarlos. Así como por ejemplo, aprendió a nadar viendo un día a un grupo de muchachos que nadaban en una piscina: de la misma manera aprendió otra clase de deportes o juegos, como arrojar dardos, patinar, etc. Y en todos ellos se desempeñaba bien. Para el terapeuta era claro sin embargo, que el chico prefería identificarse con objetos y actividades femeninas. Así lo hacía con una muñeca muy popular en los Estados Unidos, “Barbie”, con quien gustaba mucho jugar. Si Barbie se caía al agua, él también se caía; si se desmayaba, lo mismo le pasaba a él. Los días que no podían salir al jardín, él, como Barbie, quería barrer la casa de las muñecas, bañar los niños, lavar la ropa, etc. Los muñecos masculinos le eran totalmente indiferentes. Además mostraba un gran interés por los adornos y joyas femeninos y aparentaba una falta total de actividades fálicas. Parecía asustarse de los juegos rudos, aunque al mismo tiempo mostraba una sorprendente falta de ansiedad en otras situaciones arriesgadas. En resumen, Lance, que así se llamaba el paciente, era una rara combinación de niño y niña. Tenía rasgos faciales finos y al mismo tiempo sin pene y sin testículos visibles, pero que el hecho de haber sido tratados como varones por sus padres, fue decisivo para que obtuvieran su identidad sexual. También conoció muchos pseudo-hermafroditas que vivieron su vida, biológicamente hablando, en un falso rol sexual, sin presentar ninguna duda manifiesta acerca de su identidad.

A los tres factores ya mencionados, agrega un cuarto factor, que llama de desidentificación de la madre y el posterior desarrollo hacia una nueva identificación con el padre. Esto constituye un problema especial porque el varón debe intentar renunciar al placer y a la seguridad que obtiene en la

identificación con la madre, e iniciar otra identificación con el padre, menos accesible. La madre a su vez debe permitir al hijo identificarse con la figura del padre. Debe facilitarle esto genuinamente, disfrutando y admirando los aspectos masculinos del muchacho y ser hábil para que este desarrollo siga adelante hasta completarse totalmente. El otro componente vital para que se cumpla esta identificación, consiste en los motivos que el padre le ofrezca para que se identifique con él. El paciente de que habla, no pudo identificarse con su padre porque era un hombre miedoso y triste. La parte esencial del trabajo que realizó con su analista se basó en su fuerte ansia de identificarse con él, porque le parecía un hombre que disfrutaba de la vida y que no tenía miedo.

El autor se plantea qué sucede con la identificación original la madre, luego que el niño se identifica con el padre; si ésta desaparece o toma su lugar la nueva identificación. Luego se plantea con agudeza, si las madres de 50 años atrás que vestían y peinaban a sus hijos como niños, intuitivamente reconocían que gratificando cada fase del desarrollo del niño le aseguraban su futura maduración. Es decir, que por la satisfacción temprana de su necesidad de identificarse con la madre, el niño se encontraba mejor dotado para cumplir el posterior paso de la identificación con el padre. Su trabajo sugiere más preguntas que respuestas, pero espera clarificar más esta importante área del desarrollo infantil del varón, en futuros trabajos.

Aída Aurora Fernández.

LEWIS, M. D. — “Un caso de transvestismo con múltiple identificación cuerpo-falo” (A case of transvestism with multiple body-phallus identification). *The Intern. Jour. of Psycho-Anal.* Vol. 44, 3; pág. 345-351.

Un hombre aparentemente masculino con fantasías de masturbación

transvestistas parece haber sufrido una temprana perturbación en la formación de la imagen corporal. Así, al entrar en la fase fálica, el área genital de su imagen corporal, en vez de diferenciarse claramente del resto del cuerpo, permanece fusionada a él, transformándose así en la base de importantes identificaciones cuerpo-falo y emergiendo casi inmediatamente la ansiedad de castración como ansiedad de desintegración corporal.

El síntoma específico transvestista derivada de continuos y prolongados juegos sexuales con su hermana mayor en los que ella lo usaba vistiéndolo como niña y como un perro de larga cola, y liberándolo de su penosa erección dejándole poner su pene hacia atrás entre los muslos y vistiéndose como niña. Con esto se convertía en un apéndice de su hermana, el pene anhelado por ella, unido a ella (y a través de ella, ¿a su madre?) en una relación de objeto, íntima simbiótica.

Pero ser usado como un falo femenino, amenaza otra vez la insegura percepción de sí mismo, y así en sus fantasías transvestistas privadas, evitaba esta fusión corporal con la mujer convirtiéndose en su propia “beautiful girl” fálica; mientras que en la vida diaria, trataba de diferenciarse de las mujeres por una masculinidad excesiva, conduciéndose como si fuera IN TOTO un falo grande y erecto. Además en vez de ser el falo femenino, trataba de usar una mujer atractiva como un falo con el que demolía a los otros hombres.

Estos varios modos de relación de objeto que había experimentado con las mujeres, eran ahora usados con los hombres. La hipermasculinidad, o “el Número Uno” entre los hombres, que comenzó originariamente como modo de diferenciar su imagen corporal fusionada con la de su madre, era usada ahora para negar cualquier necesidad de dependencia con los hombres; alternativamente se transformaba por sus triunfos atléticos en el falo orgullosamente exhibido de su padre.

El transvestismo ocasionado por la necesidad de negar su pene de modo que

podiera convertirse IN TOTO en el falo de su madre, en fusión simbiótica con ella, servía ahora como encubrimiento bajo el cual podía preservar algún grado de función fálica.

Resumen del Autor.

ALAN PARKIN. — “On fetishism” (Sobre el fetichismo). Int. J. Psycho-Anal. Volumen 44; parte 3; 1963.

El autor considera que el fetichismo ocupa una posición central en el grupo de las perversiones sexuales, ya que esclarece la historia temprana del yo y de los instintos.

Presenta material clínico del análisis de un hombre, cuyo deseo era verse librado de su atracción sexual hacia los impermeables, atracción que se asociaba con una culpa intensa. Sus relaciones sexuales con su esposa parecían normales, pero necesitaba reforzar periódicamente su potencia con fantasías sobre muchachas cubiertas con apretados impermeables. También se excitaba cuando veía muchachas así o propagandas de impermeables o impermeables en vidrieras. Luego, quedaba deprimido y culpable, razón por la cual nunca buscó traducir en actos sus imaginaciones.

En esas fantasías se representaba a una joven inocente, que usaba la indumentaria fetiche y presentaba una actitud humilde como si estuviera bajo las órdenes de una institutriz severa. A veces, la elaboración era más amplia: el impermeable apretaba cruelmente a la joven, o la castigaban a latigazos.

En su adolescencia había tenido este mismo tipo de fantasías, pero con la diferencia de que él aparecía de protagonista, vistiendo la referida prenda.

Su padre, militar, lo había educado estrictamente. Le había enseñado que la cobardía era el peor pecado. Murió a los veinte años del paciente, quien

entonces sintió que en adelante con el padre reapareció en el análisis y coloreó su transferencia de un modo que asumió las características de un sojuzgamiento sexual. Por momentos, fantaseaba en la sesión estar vestido con un impermeable y someterse pasivamente. Esto representaba su identificación femenina, índice de su estado de castración.

También tenía sentimientos de haber sido justamente castigado y humillado por su madre, que murió cuando él tenía cinco años.

Los sentimientos de pasividad se reiteraban asimismo en su relación con su mujer, a quien sentía poderosa, mientras Él era infantil y desvalido. A veces, la imaginaba como un hombre, él sometido, un látigo girando en torno a su ano. Por debajo de su fantasía del padre humillante y castigador, subyacía la de la madre fálica que lo sometía al coito anal.

Poseía además una imagen amada y buena de la madre, que surgió en la transferencia con la fantasía de que el analista tenía una provisión inextinguible de “fluido dador de vida”.

Reacciones de unión oceánica y lucha contra ellas eran típicas de su estado transferencial de sojuzgamiento sexual. Pero a éste le subyacía una persistente tendencia hacia la identificación primaria con la madre omnipotente, lo que contribuía a aumentar su angustia de castración.

Al disminuir, por el análisis, la culpa consciente con respecto a las fantasías con los impermeables, aparecieron otros significados de éstos: representaban mujeres tan estrechamente vestidas con esa prenda, que ella venía a ser como una segunda piel en la que él podría meterse, en un intento de unión oceánica con la imagen materna gratificante. Más tarde, pudo verse que las fantasías de abrir el impermeable eran la representación de un abrirse camino hacia el interior del cuerpo materno y jugar agradablemente allí. Estos deseos de penetración fálica se coloreaban, regresivamente, con componentes. Orales.

Constituían en ocasiones el punto de partida de impulsos agresivos, apareciendo entonces temores a la retaliación, en este caso a ser apretado dentro de un impermeable o a ser fustigado, introduciéndose el látigo por su ano y vaciándolo de heces y contenidos corporales.

Otras veces, temía no poder evacuar sus heces. Otras, se identificaba a sí mismo con ellas —es decir, con las de su madre—, como resultado de un proceso de identificación primaria con los objetos parciales de sus instintos. La identificación fecal se expresaba en fantasías de verse a sí mismo envuelto en un impermeable, desprovisto de autonomía de movimientos, transformado en una “cosa” inútil. También el impermeable era dotado ocasionalmente de características fecales, en especial si estaba viejo y arrugado, circunstancias en que lo olía y le encontraba un perfume excrementicio agradable.

La identificación de todo su cuerpo con heces se repetía mediante la ecuación heces-pene, con el falo fecal materno fantaseado, punto de partida de sus fantasías sobre mujeres fálicas.

La fantasía de que, envuelto en el impermeable, era, a la vez, las heces y el pene de la madre significaba una negación de la castración y, también, una identificación con el pecho desplazado hacia abajo.

En el fetichista, la identificación de todo el cuerpo con el falo es una formación de compromiso entre la continuación de la tendencia hacia la identificación primaria con objetos instintivos y la defensa frente a la angustia de castración concomitante de la identificación con la madre.

Igual como él, con el impermeable, se volvía el pene fecal de la madre, ocurría que la mujer, vestida con esa prenda, se tornaba el pene de él, es decir algo bajo su control absoluto, característica ambigua —fálica y a-fálica— que otorgaba su significado bisexual al fetiche.

La capacidad del impermeable para representar el estado castrado derivaba parcialmente de su suavidad y brillo que compraba con el glande de su pene

circunciso.

Para el fetichista, el objeto fetiche condensa a todos los objetos parciales instintivos importantes de los años prefálicos: a) el pecho con el que se une, b) la piel abdominal que penetra, c) las heces maternas con las que se identifica. Transforma al que lo usa en el falo de otro, mostrando al mismo tiempo su estado castrado. Pero el vínculo podría ser un hombre y regir su propia vida. La madre es vista como fálica y come a-fálica, dos identificaciones simultáneas que contribuyen al clivaje del yo característico de esta perversión. Esa doble imagen de la madre aumenta la angustia de castración y provee una salida inevitable hacia la relación edípica invertida con el padre (porque ya ha adoptado una relación anal pasiva con la madre fálica), que adquiere el carácter de sojuzgamiento sexual.

La predisposición a regresar desde las relaciones objetales a la identificación primaria se manifestaba en este paciente en fluctuaciones de la imagen corporal y de los límites entre él y el mundo externo. La intensidad de esta predisposición se vincula con las observaciones de Winnicott sobre los objetos transicionales.

Piensa el autor que el fetiche es un objeto que posee el significado dinámico de los fenómenos transicionales y que recapitula y condensa las elecciones objetales pre-edípicas, actuando al servicio de la defensa frente a las angustias características del período fálico, al que debe su forma final definitiva.

Luisa de Urtubey